

diez hombres que se introducían por los huecos pies en su vacío cuerpo, lanzaba gritos terribles que eran oídos de uno á otro extremo de San Petersburgo.

Por desgracia, aun en Rusia semejantes fiestas son efímeras. La cuaresma desbandó á los diputados, que se volvieron cada cual á su pueblo, y el deshielo derretió el palacio.

Desde entonces San Petersburgo no ha vuelto á presenciar fiestas tan magníficas, y el carnaval parece cada año más triste.

El de 1825 fué todavía menos bullicioso que de costumbre; apenas si pudo calificársele de sombra de sus antecesores: y es que la cada vez más profunda melancolía del emperador Alejandro se extendió á un tiempo sobre la corte, que temía serle desagradable, y sobre el pueblo que, sin conocerla, compartía su tristeza.

Como no falta quien ha dicho que la tristeza de Alejandro era hija de sus remordimientos, contemos fielmente lo que la había motivado.

## XII

Pablo I, al morir Catalina II, su madre, subió al trono, del que se habría visto despojado para siempre jamás si su hijo Alejandro hubiese querido secundar los planes de que le hicieran objeto. Desterrado de la corte hacía largo tiempo, siempre separado de sus hijos, de la educación de los cuales se había encargado su abuelo, el nuevo emperador imprimió á la administración de los intereses del estado, por espacio de tantos años regidos por la maravillosa inteligencia de Catalina y la devoción de Potemkin, un carácter receloso, feroz y extraño que hizo del corto período durante el cual ocupó aquél el trono un espectáculo

casi incomprendible para los pueblos vecinos y los reyes sus hermanos.

El lamentable grito que, después de treinta y siete horas de agonía, lanzó Catalina II, proclamó en el alcázar á Pablo I autócrata de todas las Rusias. A la voz de Catalina, la emperatriz María, junto con sus hijos, se arrodilló á los pies de su marido y fué la primera en saludarlo como emperador. Pablo levantó á su mujer y á sus hijos, diciéndoles que podían contar con su afecto paternal é imperial. La corte, los generales del ejército y de la marina, los grandes señores y los cortesanos, se presentaron sucesivamente al monarca, arrodillándose por orden, según su categoría y su antigüedad, y, tras ellos, un destacamento de los guardias mandado venir ex profeso de Gatchina, antigua residencia de Pablo, juró, con sus oficiales al frente, fidelidad al soberano á quien no hacía veinticuatro horas custodiaban todavía, más para responder de él que para honrarlo, más como preso que como heredero de la corona.

Al mismo instante y en las habitaciones en que la gran Catalina acababa de dormirse para siempre, se oyeron voces de mando, ruido de armas, taconeos de botas de montar y resonar de espuelas. Al día siguiente Pablo I fué proclamado emperador y su hijo Alejandro zarewich, ó si decimos heredero de la corona.

Pablo llegó al trono después de treinta y cinco años de privaciones, de destierro y de menosprecio, y á los cuarenta y tres de su edad se halló señor de un imperio en el que un día antes no tenía más que una prisión. Durante aquellos treinta y cinco años Pablo sufrió grandemente, y por lo tanto aprendió mucho; así es que subió al trono con los bolsillos llenos de reglamentos redactados durante su destierro y que con singular diligencia se apresuró á poner sucesiva y algunas veces conjuntamente en planta.

Procediendo de una manera diametralmente opuesta

á la de Catalina, su rencor por la cual, lentamente agriado y trasformado en odio, se trasparentaba en todas sus acciones, Pablo se rodeó de sus hijos, y nombró al gran duque Alejandro gobernador militar de San Petersburgo. En cuanto á la emperatriz María, que hasta entonces había tenido grandes motivos de queja por su alejamiento, entre admirada y temerosa lo vió regresar á ella bueno y afectuoso. Pablo aumentó en un doble las rentas de su mujer, y ésta dudaba todavía; pero al ver que la largueza iba acompañada de las caricias, creyó; y es que María como madre era una santa, y como esposa un corazón de oro.

Por una manía de oposición que le era familiar y que siempre se revelaba en el momento más inesperado, el primer úkase de Pablo fué suspender una leva recientemente decretada por Catalina, y que llamaba al servicio de las armas al uno por ciento de los siervos; disposición más que humana, política, pues valía á la vez al nuevo emperador la gratitud de la nobleza, sobre la que pesa este diezmo militar, y el amor de los campesinos, que lo pagan con sus cuerpos.

Pablo I llamó á Zubow, el último valido de Catalina, el cual se diera á entender que con su soberana lo había perdido todo, y temía no sólo por su libertad, pero también por su vida, y lo confirmó en todos sus empleos, diciéndole, al entregarle el bastón de mando que usa el ayudante de campo general y que aquél le había enviado: «Continuad desempeñando junto á mí los cargos que ejerciais junto á mi madre; espero que me serviréis con la misma fidelidad que la servisteis á ella.»

Kosciusko había sido hecho prisionero y encerrado en el palacio del difunto conde de Anhalt bajo la vigilancia de un mayor que nunca se separaba de él, ni en la hora de la comida. Pues bien, Pablo fué á libertar personalmente al polaco y á anunciarle que estaba libre. Lleno de admiración y sorpresa, el ge-

neral no pensó en dar las gracias al emperador hasta que éste se hubo retirado, y como considerase de su deber enmendar el olvido, se hizo trasladar á la vez al alcázar, con la cabeza vendada, pues todavía estaba endeble y doliente de sus heridas. Introducido en presencia del emperador y de la emperatriz, Pablo le ofreció una tierra y campesinos en su imperio; pero Kosciusko no admitió, y en cambio pidió una cantidad de dinero para ir á vivir y morir donde él quisiera. Pablo le dió cien mil rublos, y Kosciusko se fué á morir á Suiza.

En medio de todas estas disposiciones, que, engañando los temores de todo el mundo, presagiaban un reinado noble, llegó el momento de hacer las honras fúnebres á Catalina. Pablo estaba resuelto á cumplir un doble deber filial. De treinta y cinco años á aquella parte, el nombre de Pedro III sólo había sido pronunciado en voz baja en San Petersburgo. Pablo I se encaminó al convento de San Alejandro Nieuski, donde el desventurado emperador estaba enterrado, hizo que un anciano monje le mostrara la ignorada tumba de su padre, mandó abrir el ataúd, se arrodilló ante los augustos restos que éste encerraba, y, quitando el guante que cubría una de las manos del esqueleto, lo besó repetidas veces. Rezado que hubo piadosamente y por largo espacio junto al ataúd, el emperador lo hizo colocar en medio de la iglesia, y ordenó que por los restos de Pedro se celebrasen los mismos servicios que por los de Catalina, expuestos en su cama de respeto en uno de los salones del alcázar. Por último, habiendo descubierto en el retiro en que hacía un tercio de siglo vivía desgraciado, al barón Ungern Hernberg, antiguo servidor de su padre, lo hizo entrar en una sala del alcázar en que estaba el retrato de Pedro III, y una vez presente el anciano, le dijo: «Os he enviado á buscar para que ya que no personalmente mi padre, este retrato sea testigo de mi gratitud para con sus fieles amigos.» Y conduciendo á

Hernberg hasta el pie de la imagen, y como si ésta pudiese ver lo que iba á pasar, abrazó al anciano guerrero, lo nombró generalísimo, le ciñó la banda de San Alejandro Nieuski, y le encargó que velase en la iglesia, durante los oficios, al cadáver de Pedro III con el mismo uniforme de cuando era su ayudante de campo.

Llegó el día de la fúnebre ceremonia, y como á Pedro III, so pretexto de que no había sido coronado, lo enterraran como un simple señor ruso en la iglesia de San Alejandro Nieuski, Pablo I hizo coronar su féretro y trasladarlo al alcázar para exponerlo junto al cuerpo de Catalina; desde allí, los restos mortales de ambos soberanos fueron llevados á la ciudadela y colocados en el mismo estrado, y durante ocho días, los cortesanos, por bajeza, y el pueblo, por amor, fueron á besar la amarillenta mano de la emperatriz y el féretro del emperador.

Al pie de aquellas dos tumbas, á las que visitó como los demás, no pareció sino que Pablo I hubiese echado al olvido su piedad filial y su prudencia. Aislado en su palacio de Gatchina con dos ó tres compañías de guardias, en él se había acostumbrado á las menudencias militares, y á las veces pasaba horas y más horas cepillando los botones de su uniforme tan cuidadosa y asiduamente como Potemkin limpiaba sus diamantes. Desde la mañana misma de su exaltación al trono, todo tomó en palacio una nueva faz; antes de ocuparse en los asuntos del Estado, el nuevo emperador empezó á poner en ejecución los pequeños cambios que pensaba introducir en el ejercicio y en el traje del soldado. En consecuencia, á eso de las tres de la tarde del mismo día bajó al patio para hacer maniobrar á su guisa á los soldados y enseñarles el ejercicio conforme él entendía. Tales revistas, que se efectuaban diariamente y recibieron de Pablo el nombre de *wachtparade*, se convirtieron no sólo en la institución más importante de su gobierno, mas también en

centro de la administración del imperio. En aquella parada publicaba el emperador los partes, daba sus órdenes, promulgaba sus úkases, y hacía que le presentasen sus oficiales; allí, acompañado de los grandes duques Alejandro y Constantino, era donde todos los días y por espacio de tres horas, por mucho frío que hiciese, sin abrigo alguno, al aire la calva, con una mano detrás y levantando y bajando alternativamente con la otra su bastón mientras gritaba: *!Raz, dwa! !raz, dwa!* (¡uno, dos! ¡uno, dos!) veíase patear el suelo para calentarse los pies, y poner todo su amor propio en arrostrar una temperatura de — 20°.

Los más insignificantes pormenores militares se convirtieron á no tardar en asuntos de Estado: primeramente cambió Pablo el color de la escarapela rusa, que de blanca pasó á negra con un ribete amarillo; y esto estaba en su punto, porque, como dijera el emperador, el blanco se ve á larga distancia y puede servir de hito, y el negro se confunde con el color del morrión, gracias á lo cual el enemigo no sabe dónde apuntar al soldado. Pero no paró aquí la reforma, sino que se extendió sucesivamente al color del plumero, á la altura de las botas y á los botones de las polainas, de modo que la mayor prueba de celo que podían dar á Pablo era comparecer al día siguiente á la parada con los cambios que él introdujera la víspera, y más de una vez esta prontitud en someterse á sus fútiles órdenes fué honrada con una cruz ó recompensada con un grado.

Por mucha que fuese la predilección de Pablo por los soldados, á los que vestía y desnudaba incesantemente como una niña hace con su muñeca, su afán reformador se extendía de tiempo en tiempo á los paisanos. La revolución francesa, al poner de moda los sombreros redondos, le había inspirado horror hacia este género de tocado; así es que cierto día pareció un decreto prohibiendo pasearse por las calles de San Petersburgo con sombrero redondo. Sea igno-

rancia, sea oposición, es lo cierto que la ley no fué cumplida con la prontitud que Pablo deseaba. Entonces el emperador dispuso que en las esquinas se situasen cosacos y agentes de policía, con orden de quitar los sombreros á los recalcitrantes, y aun él recorrió en trineo la ciudad para informarse del camino que seguía el cambio de tocado.

Ruado que hubo por largo espacio y no sin satisfacción iba el emperador á entrar en el alcázar, cuando vió á un inglés que, teniendo por un atentado contra la libertad individual un úkase sobre los sombreros, había conservado el suyo. Pablo I se detuvo y ordenó á uno de sus oficiales que fuese á quitar el sombrero al impertinente isleño que se atrevía á venir á provocarlo en la mismísima plaza del Almirantazgo. El jinete partió al galope, y al emparejar con el culpado lo encontró respetuosamente tocado con un sombrero de tres picos. El mensajero, desconcertado, volvió grupas y fué á comunicar al emperador lo que ocurría. Pablo, al ver que sus ojos lo han engañado, saca sus gemelos y los asesta al inglés, que continúa su camino con inalterable gravedad. El inglés lleva sombrero redondo, y el oficial, en pago de su equivocación, queda arrestado. Entonces el emperador envía á un edecán, que anheloso de ser grato á su señor, lanza su caballo á escape y alcanza en pocos segundos al inglés. El emperador ha visto mal, el hijo de la Gran Bretaña ostenta sombrero de tres picos. El ayudante, corrido, hace dar media vuelta á su caballo, se reúne nuevamente al emperador, y da la misma contestación que el oficial. Pablo torna á requerir los gemelos, y el edecán queda también arrestado: el inglés lleva sombrero redondo. Entonces un general se brinda á llenar la comisión que tan funesta ha sido para sus dos antecesores, y encaminándose hacia el inglés sin perderlo de vista, á proporción que se acerca nota que el sombrero cambia de forma y pasa de la redonda á la triangular. El general, temeroso de una desgracia

parecida á la del oficial y del ayudante de campo, conduce al inglés á presencia del emperador, y todo queda explicado. El isleño, para conciliar su orgullo nacional con el capricho del soberano extranjero, había hecho labrar un sombrero que por medio de un muellecito escondido en el interior, pasaba súbitamente de la forma prohibida á la forma legal. El emperador halló ingeniosa la idea, levantó el arresto al oficial y al ayudante de campo, y permitió al inglés que en lo sucesivo usase el sombrero que más le acomodase.

A la ley sobre los sombreros siguió otra sobre los coches, en la que se prohibía enganchar los caballos á la usanza rusa, ó más claro, que el postillón montase el caballo de la derecha y tuviese el de mano á la izquierda. El decreto concedía un plazo de quince días á los propietarios de calesas, landós y droschkis para procurarse arneses á la alemana, y trascurrido aquel término, la policía se encargaría de cortar los tirantes de los arneses que no se adaptasen á lo dispuesto. La reforma no se limitó á los coches, englobó también á los cocheros: los ivoschicks recibieron orden de vestirse á la alemana, por manera que con gran pesadumbre suya no tuvieron aquellos más remedio que hacerse afeitar, y coser al cuello de su gabán una coleta que permanecía siempre en el mismo sitio, mientras ellos movían á una y otra parte la cabeza. Un oficial que aun no había tenido tiempo de ajustarse al nuevo decreto, prefirió encaminarse á la *wachtparade* á pie á no irritar al emperador con la vista de un coche proscrito, y abrigado en un gran capote de pieles y en compañía de un soldado á quien había encargado que le llevase la espada, se dirigía el oficial al alcázar, cuando lo encontró el emperador, que al notar aquella contravención á la disciplina, lo hizo soldado, así como al soldado lo subió á la categoría de oficial.

Ya es de suponer que en medio de aquel cúmulo de decretos, Pablo I no olvidó la etiqueta. Según una

antigua ley, cuantos al pasar por la calle encontraban al emperador, á la emperatriz ó al zarewich, estaban obligados á detener su coche ó su caballo, á apearse y á arrodillarse en el polvo, el barro ó la nieve; homenaje que, por lo difícil de cumplir en una capital en la que por todas las calles transitan millares de coches durante todo el día, había sido abolido por Catalina II. Ahora bien, Pablo I puso nuevamente en vigor aquella ley al subir al trono. Un oficial general, cuyos criados no conocieron el coche del emperador, fué desarmado y arrestado, y cuando después de haber cumplido su arresto le devolvieron su espada, se negó á recobrarla, alegando que aquélla era una espada de honor que le regalara Catalina, con el privilegio de que no podían quitársela. El emperador examinó la espada, y al ver que, en efecto, era de oro y pedrería, envió á buscar al general y se la restituyó personalmente, diciéndole que no tenía resentimiento alguno contra él, pero sin embargo conminándole á que antes de veinticuatro horas partiese para el ejército.

Por desgracia las cosas no siempre terminaban de un modo tan halagüeño. Un día cayó enfermo, en su casa de campo, Likarow, uno de los más valientes brigadieres del emperador, y su mujer, que no quiso confiar más que á sí misma el desempeño de una comisión tan delicada, se trasladó en busca de un médico á San Petersburgo, donde tuvo la mala suerte de encontrar el coche del emperador. Ahora bien, como ella y sus criados hacía tres meses que estaban ausentes de la capital, y ninguno de ellos había oído hablar de la nueva ley, su coche pasó, sin detenerse, á alguna distancia de Pablo, que se paseaba á caballo. Semejante infracción á sus órdenes mortificó hondamente al emperador, que expidió al punto un ayudante de campo tras el coche rebelde, con orden de hacer soldados á los cuatro criados y de llevar á su dueña á la cárcel. Y así se realizó, y la mujer perdió el juicio, y murió el marido.

La etiqueta no era menos rigurosa en el interior del alcázar que en las calles de la capital: los cortesanos admitidos al besamanos tenían que hacer resonar el beso con sus labios y el piso con su rodilla; por no haber hecho una reverencia bastante profunda y haber besado con demasiada negligencia la mano, el príncipe Jorge Galitzín fué arrestado.

Estos actos extravagantes que de la vida de Pablo I tomamos á bulto, hicieron que al cabo de cuatro años, fuese casi imposible que aquél continuase en el trono, pues de día en día iba menguando el poco juicio que quedaba al emperador para hacer sitio á alguna nueva locura, y las locuras de un soberano omnipotente, cuyas menores señales se convierten en orden instantáneamente ejecutada, son por demás peligrosas.

Pablo I sentía instintivamente que lo rodeaba un peligro desconocido, pero real, y sus temores, imprimiendo á su espíritu una movilidad todavía más caprichosa, le incitaron á retirarse casi del todo al palacio de San Miguel, construido por su orden sobre el antiguo solar del palacio de verano.

El palacio de San Miguel, pintado de color rojo para honrar el gusto de una de las concubinas del monarca, que se había presentado en la corte con guantes de aquel color, era un edificio robusto y de bastante mal estilo, erizado de baluartes, y sólo en el cual el emperador se creía en seguridad.

En medio de las ejecuciones, de los destierros y de las desgracias, dos favoritos habían permanecido como arraigados en sus sitios: Kutaisoff, antiguo esclavo turco, que de barbero de Pablo pasó súbitamente y sin que lo motivara mérito alguno, á ser uno de los más encumbrados personajes del imperio, y el conde de Pahlen, noble curlandés, mayor general en tiempo de Catalina, y al que la amistad de Zubow, último privado de la emperatriz, había elevado á gobernador civil de Riga. Ahora bien, poco antes de su exaltación al trono, esto es cuando estaba desterrado, cuando

los cortesanos apenas se atrevían á dirigirle la palabra, Pablo pasó por Riga, y Pahlen le hizo los honores debidos al zarewich.

No acostumbrado á tal deferencia, el príncipe guardó de ella y en su corazón el recuerdo, y, una vez en el trono, llamó á Pahlen á San Petersburgo, lo condecoró con las más estimadas cruces del imperio, le dió la jefatura de los guardias y lo nombró gobernador de la ciudad en lugar del gran duque Alejandro, su hijo, cuyo respeto y amor no fueron parte á vencer su desconfianza. Pero Pahlen, gracias al preeminente sitio que ocupaba junto á Pablo, y que, contra todas las probabilidades, hacía ya cuatro años que lo conservaba, estaba en mejor situación que otro alguno para apreciar la inestabilidad de la fortuna humana. Había visto á tantos hombres subir y bajar, á tantos caer y estrellarse, que él mismo no acertaba á explicarse cómo no había llegado el momento de su caída, y resolvió ganar por la mano al emperador provocando la de éste. Zubow, su antiguo protector, el mismo á quien Pablo, al subir al trono, nombrara ayudante de campo general de palacio, y al que confiara la custodia del cadáver de Catalina, Zubow, el antiguo protector de Pahlen, repentinamente caído en desgracia, una mañana vió selladas las puertas de su cancillería, despedidos escandalosamente sus primeros secretarios Altesti y Gribowski, y á todos los oficiales de su estado mayor y de su servidumbre obligados á reunirse sin dilación á sus respectivos regimientos ó á pedir sus retiros. En cambio y por extraña contradicción, el emperador regaló á Zubow un palacio; pero no por eso la desgracia del favorito dejaba de ser verdadera, pues al día siguiente lo destituyeron de todos los mandos, al subsiguiente le exigieron la dimisión de veinticinco ó treinta empleos que desempeñaba, y una semana después obtuvo el permiso, ó por mejor decir recibió la orden de salir de Rusia.

Zubow se retiró á Alemania, donde, rico, joven,

de ingenio agudo, arrogante presencia y cubierto de condecoraciones, proclamó el buen gusto de Catalina, probando que ésta había sabido ser grande aun en sus extravíos.

Ya en Alemania, Zubow escribió á su antiguo protegido quejándose de su destierro, si explicable inexplicable, y Pahlen le contestó aconsejándole que fingiera querer casarse con la hija de Kutaisoff, el favorito de Pablo, en la seguridad de que éste, halagado por tal petición, le permitiría regresar á San Petersburgo, donde obraría según las circunstancias.

Aceptado el plan, Kutaisoff recibió una carta de Zubow en la que éste le pedía la mano de su hija. El advenedizo barbero, halagado en su orgullo, vuela sin demora al palacio de San Miguel, se arroja á los pies del emperador, y con la carta de Zubow en la mano le suplica que colme su fortuna y la de su hija dando su asentimiento á aquel matrimonio, y permitiendo el regreso del desterrado. Pablo lee apresuradamente la carta que Kutaisoff le muestra, y, en leyéndola, dice:—Es la primera idea razonable que pasa por la cabeza de aquel loco; que vuelva.—Quince días después Zubow estaba de regreso en San Petersburgo, y, con el beneplácito del emperador, galanteaba á la hija del privado.

Este fué el velo bajo el cual se formó y cobró cuerpo la conspiración, que cada día reclutaba nuevos descontentos. Al principio los conjurados sólo hablaron de una simple abdicación, de una sustitución de persona. A Pablo lo enviarían bien custodiado á alguna distante provincia del imperio, y el gran duque Alejandro, de quien así se disponía sin su consentimiento, subiría al trono. Sólo algunos sabían que se haría uso, no de la espada, sino del puñal, y que una vez éste fuera de la vaina, únicamente volvería á entrar en ella ensangrentado. Estos conocían á Alejandro, y como sabían que no aceptaría la regencia, estaban decididos á ceñirle la corona.

Pahlen, aunque alma de la conspiración, había evitado escrupulosamente dar una sola prueba contra el emperador; por manera que, según se presentasen las cosas, podía secundar á sus compañeros ó socorrer á Pablo. Esta reserva de Pahlen imprimía cierta frialdad á las deliberaciones, y quizás habría pasado un año más sin llevar adelante el plan, si él mismo no hubiese precipitado los sucesos por medio de una estratagema singular, pero que, dado el conocimiento que del carácter de Pablo tenía, le constaba que había de salir á medida de sus deseos. Pahlen escribió un anónimo al emperador advirtiéndole el peligro que corría, y al anónimo acompañó una nómina de los conspiradores.

Lo que primero se le ocurrió á Pablo al recibir el anónimo fué reforzar los puestos del palacio de San Miguel y llamar á Pahlen, que esperando, como esperaba, tal incitación, acudió á ella inmediatamente. El emperador estaba en su dormitorio, situado en el piso primero, espaciosa pieza cuadrada, con una puerta frente á la chimenea, dos ventanas al patio, una cama frente á las ventanas, y al pie de la cama una puerta hurtada que comunicaba con las habitaciones de la emperatriz; además y conocida únicamente del emperador, en el piso había una trampa que se levantaba oprimiéndola con el tacón de la bota, y conducía á una escalera unida á un corredor por el cual podía uno huir de palacio.

Pablo iba de una parte á otra de la estancia á paso largo y profiriendo terribles interjecciones, cuando se abrió la puerta y se presentó Pahlen. El emperador volviéndose al oír el ruido, y cruzando los brazos, paróse, puso los ojos en el recién venido, y exclamó tras un instante de silencio:—¿Sabéis lo que pasa, conde?—Sé que mi gracioso soberano me ha mandado llamar, y me apresuro á cumplir sus órdenes, respondió Pahlen.—Pero bien, ¿sabéis por qué os he mandado llamar? profirió el emperador no pudiendo reprimir un

ademán de impaciencia.—Espero respetuosamente que vuestra majestad se digne decírmelo.—Os he mandado llamar porque se está tramando una conspiración contra mí.—Ya lo sé, señor.—¿Cómo! ¿vos lo sabéis?—No he de saberlo si soy uno de los cómplices!—Acabo de recibir la nómina de los conspiradores; héla aquí.—Tengo la copia de ella; aquí está.—¡Pahlen! exclamó el emperador asustado, y no sabiendo todavía qué creer.—Puede vuestra majestad comparar las dos listas, repuso el conde; si el delator está bien informado, las dos nóminas tienen que ser iguales.—Mirad, dijo Pablo.—Esto es, articuló friamente Pahlen, pero se han olvidado de tres personas.—¿Cuáles? preguntó con viveza el emperador.—La prudencia me veda el nombrarlas, señor; pero después de la prueba que de la puntualidad de mis noticias acabo de dar á vuestra majestad, espero que vuestra majestad se dignará concederme toda su confianza y descansar en mi celo su seguridad.—¡Nada de subterfugios! interrumpió Pablo con toda la energía del terror; ¿quiénes son? Quiero saberlo ahora mismo.—Señor, respondió Pahlen inclinando la frente, el respeto me veda revelar nombres augustos.—Entiendo, dijo el emperador con voz trémula y lanzando una mirada á la puerta de escape que conducía á las habitaciones de su mujer. Queréis decir la emperatriz ¿no es eso? Os referís al zarewich Alejandro y al gran duque Constantino, ¿no es verdad?—Si la ley debe no conocer más que á aquellos sobre los cuales puede alargar la mano...—La ley descargará por un igual sobre todos, replicó el emperador, y no porque el crimen venga de muy arriba dejará de ser castigado. Sin dilación arrestad á los grandes duques, Pahlen, y mañana saldrán para Escluselburgo. En cuanto á la emperatriz, yo me encargo de ella, y por lo que hace á los demás conjurados, allá vos.—Deme vuestra majestad la orden por escrito, repuso el conde, y por encumbrado que esté el personaje á quien envuelva,

obedeceré.—¡Oh buen Pahlen! exclamó el monarca, eres el único servidor fiel que me queda. Vela por mí, pues claramente veo que todos desean mi muerte y ya no puedo contar sino contigo.

Tras estas palabras Pablo firmó la orden de prender á los dos grandes duques, y la entregó á Pahlen.

Era cuanto deseaba el hábil conspirador; el cual, provisto de aquellas diferentes órdenes, fué volando á casa de Platón Zubow, donde sabía que estaban reunidos los conjurados, y les dijo:

—Todo está descubierto; hé aquí la orden de arrestaros á todos. Ya veis pues que no hay instante que perder: esta noche soy todavía gobernador de San Petersburgo; mañana quizás esté encarcelado. ¿Qué contáis hacer?

No había que tiburtear, pues toda vacilación significaba el patíbulo ó á lo menos la Siberia. Los conjurados se citaron para aquella noche misma en casa del conde de Talitzín, coronel del regimiento de Preobrajenski; y como no eran bastante numerosos, resolvieron nutrir sus filas con todos los descontentos detenidos aquel mismo día, día fecundo en verdad desde este punto de vista, pues por la mañana habían sido degradados unos treinta oficiales pertenecientes á las mejores familias de San Petersburgo y condenados á prisión ó al destierro por faltas que apenas si merecían una amonestación.

Pahlen ordenó que se situasen doce trincos á la puerta de las diferentes prisiones en que estaban encerrados aquellos á quienes querían asociarse, y luego, al ver decididos á sus cómplices, se encaminó á las habitaciones del zarewich Alejandro.

El cual acababa de encontrar á su padre en uno de los corredores de palacio, y, como de costumbre, se acercó á él; pero Pablo le hizo con la mano seña de que se retirase y le conminó que entrara en sus habitaciones y no se moviese de ellas hasta nueva orden. El conde halló pues al príncipe tanto más inquieto

cuanto ignoraba la causa de la cólera del emperador; así es que Alejandro, apenas vió á Pahlen, le preguntó si aquél le había dado alguna orden que le atañese.

—¡Ay! sí, señor, respondió Pahlen; estoy encargado de una orden terrible para con vuestra alteza.—¿Cuál? preguntó Alejandro.—La de arrestar á vuestra alteza y pedirle su espada.—¡A mí! ¡mi espada! exclamó Alejandro, ¿y por qué?—Porque desde este instante estáis preso, señor.—¡Yo preso! ¿y de qué crimen me acusan?—Vuestra alteza no ignora que aquí, por desgracia, á las veces uno incurre en castigo sin haber cometido ofensa alguna.—El emperador es dueño de mi suerte como soberano y como padre, repuso el zarewich. Mostradme la orden que decís, y sea cual fuere estoy pronto á someterme á ella.

El conde entregó la orden á Alejandro, el cual la abrió, besó la firma de su padre, empezó á leer, y cuando llegó á la parte que hacía referencia á Constantino, exclamó: «¡Mi hermano también! Dime á entender que la orden se limitaría á mí.» Pero llegado al artículo que hacía referencia á la emperatriz, prorumpió: «¡Oh! ¡mi madre! ¡mi santa madre! ¡santa descendida del cielo! Esto es excesivo, Pahlen, es excesivo.»

Y cubriéndose con las manos el rostro, dejó caer la orden.

—Señor, dijo Pahlen, creyendo llegado el momento propicio y arrojándose á los pies del zarewich, dignaos escucharme; urge precaver grandes males, es necesario de toda necesidad poner término á los extravíos de vuestro augusto padre. Hoy se revuelve contra vuestra libertad; mañana quizás atente á vuestra...—¡Pahlen!—Señor, acordaos de Alejo Petrowich.—¡Pahlen! ¡Pahlen! ved que estáis calumniando á mi padre.—No lo calumnio, señor, pues no es su corazón al que acuso, sino su razón. Tantas contradicciones extrañas, tantas órdenes inejecutables, tantos castigos inútiles sólo se explican por la influencia de una en-



fermedad terrible. Cuantos rodean al emperador lo dicen, y cuantos de él viven alejados lo repiten. Señor, vuestro desventurado padre está loco. — ¡Dios mío! susurró el zarewich. — Hay que salvarlo de él mismo, señor, prosiguió Pahlen. No soy yo quien vengo á daros este consejo, sino la nobleza, el senado, el imperio, de los cuales soy el intérprete en este instante; es fuerza que el emperador abdique en vuestro favor. — ¡Pahlen! exclamó Alejandro haciéndose un paso atrás, ¿qué palabras son esas? ¡Yo suceder á mi padre en vida! ¡yo arrancarle corona y cetro! El loco lo sois vos, Pahlen... ¡Nunca! ¡nunca! — ¿Así pues no habéis leído la orden, señor? ¿Cree vuestra alteza que todo se reduce á una simple prisión? ¡Ah! señor, vuestra existencia está amenazada. — Salvad á mi hermano, salvad á la emperatriz, exclamó el príncipe, nada más os pido. — ¿Por ventura está eso en mis manos? replicó Pahlen; la orden es igual para ellos que para vos. Una vez detenidos y aprisionados, ¿quién asegura á vuestra alteza que no haya cortesanos solícitos en demasía, que dándose á entender que sirven al emperador no se anticipen á la voluntad de éste? Vuelva vuestra alteza los ojos hacia Inglaterra: lo mismo pasa allí, aunque el poder, menos lato, haga menor el peligro. El príncipe de Gales está pronto á empuñar las riendas del gobierno, y sin embargo la locura del rey Jorge es suave é inofensiva. ¡Ah! señor, de aceptar lo que os ofrezco, quizá salvéis no sólo vuestra vida, y la del gran duque y de la emperatriz, mas también la de vuestro padre. — ¿Qué queréis decir? — Quiero decir que el reinado de Pablo es tan insoportable, que la nobleza y el senado están decididos á poner fin á él á toda costa. Si hoy os negáis á consentir en una abdicación, tal vez mañana os veáis constreñido á perdonar un asesinato. — ¿Conque no puedo ver á mi padre? preguntó Alejandro. — No puede ser, señor, respondió Pahlen; os está terminantemente prohibido. — ¿Y decís que la vida de mi padre corre peligro?

Rusia sólo espera en vos, señor, y si es menester que escojamos entre un fallo que nos pierde á todos y un crimen que nos salva, optamos por el crimen. — ¡Pahlen! exclamó Alejandro, al ver que el conde se disponía á marcharse y asiéndole con una mano, mientras con la otra sacaba de su pechera un crucifijo que suspendido de una cadena de oro llevaba al cuello; Pahlen, juradme por Jesucristo Nuestro Señor que la vida de mi padre no corre peligro alguno, y que para defenderlo daréis la vuestra si es menester. Jurádmelo, ó no os dejo salir de aquí. — Señor, respondió el conde, os he dicho cuanto tenia que deciros. Reflexionad sobre lo que os he propuesto, mientras yo voy á efectuarlo sobre el juramento que me pedis.

Dichas estas palabras, Pahlen hizo una gran medida con la cabeza, fuése, colocó centinelas á la puerta, y encaminóse á las respectivas habitaciones del gran duque Constantino y de la emperatriz María, á quienes hizo sabedores de la orden del emperador, pero sin tomar las precauciones que con el zarewich.

Eran las ocho de la noche y por no estar todavía más que en los primeros días de la primavera, la oscuridad era completa. Pahlen se dirigió á casa de Taltzin, donde y en torno de la mesa encontró á los conjurados, que al verlo lo acribillaron á preguntas. «No tengo tiempo de responderos, profirió el conde; lo único que puedo deciros es que todo marcha viento en popa, y que dentro de media hora os traeré refuerzos.» Continuó la por un instante interrumpida cena, y Pahlen se encaminó á la cárcel, donde, por ser él quien era, esto es gobernador de San Petersburgo, le abrieron de par en par las puertas. Los que lo vieron entrar en los calabozos, rodeado de guardias y con la mirada llena de severidad, creyeron llegada la hora de su destierro á Siberia, ó que iban á trasladarlos á otra prisión todavía más dura; y confirmólos en esta suposición la manera como Pahlen les ordenó que estuvie-

sen preparados para emprender la marcha en trineo. Los infelices jóvenes obedecieron, y pasando al través de una compañía de guardias que los esperaba á la puerta, subieron sin resistencia á los trineos, que partieron inmediatamente al galope.

Contra lo que los presos esperaban, no diez minutos después de haber partido, los trineos se detuvieron en el patio de un palacio suntuoso, cuya puerta se cerró tras ellos, dejando en la calle á los soldados.

—Apéense ustedes y síganme, dijo Pahlen á los presos.

Los cuales, sin explicarse lo que pasaba, obedecieron.

Al llegar á una pieza que precedía á la en que estaban reunidos los conjurados, Pahlen levantó una capa echada sobre una mesa, y poniendo al descubierto un haz de espadas, dijo:

—Ármense ustedes.

Mientras los presos, mudos de asombro, se ceñían la espada que el verdugo les arrancara ignominiosamente aquella mañana misma, y empezaban á sospechar que iba á pasarles algo tan insólito como inesperado, Pahlen mandó abrir las puertas, y los recién venidos vieron en torno de la mesa, vaso en mano y saludándolos al grito de: *¡Viva Alejandro!* á amigos de quienes aun no hacía diez minutos se creían separados para siempre. Los presos se abalanzaron á la sala del festín, donde en pocas palabras los pusieron al corriente de lo que iba á pasar; y como aun ardían en cólera y en vergüenza por el maltrato de que les hicieran objeto el mismo día, acogieron con manifestaciones de gozo la proposición regicida; ni uno rechazó el papel que le habían reservado en la terrible tragedia que iba á desenvolverse.

A las once, los conjurados, en número de unos sesenta, salieron del palacio de Talitzin, y, embozados en sus capas, se encaminaron al palacio de San Miguel. Los principales eran Beningsen, Platón Zubow, el an-

tiguo favorito de Catalina, Pahlen, el gobernador de San Petersburgo, Depreradowitch, coronel del regimiento de Semonowki, Arkamakow, ayudante de campo del emperador, el príncipe Tatetsvill, mayor general de la artillería, el general Talitzin, coronel del regimiento de Preobrajenski de la guardia imperial, Gardanow, ayudante de los guardias de caballería, Sartarinow, el príncipe Wereinskoi y Seriatin.

Los conjurados entraron por una puerta del jardín del palacio de San Miguel; pero en el momento en que pasaban bajo los corpulentos árboles que lo sombran en verano, y que en aquella hora, despojados de sus hojas, retorcian sus descarnadas ramas en la negrura, una bandada de cuervos, despertados por el ruido, echó á volar lanzando graznidos tan lúgubres, que detenidos por ellos, por ser en Rusia de mal agüero, los conspiradores vacilaron en seguir adelante; pero reanimados por Zubow y Pahlen, continuaron su camino hasta llegar á un patio, donde se separaron en dos grupos: el uno, conducido por Pahlen, entró por una puerta hurtada de que se servía el conde cuando quería llegar á las habitaciones del emperador sin ser visto; el otro, á las órdenes de Zubow y Beningsen y guiado por Arkamakow, se adelantó hacia la escalinata, adonde llegó sin obstáculo gracias á haber Pahlen hecho relevar los puestos de palacio y haber colocado oficiales comprometidos en la conspiración en vez de soldados. Una sola centinela á la que se habían olvidado de relevar como las demás, dió el quién vive al verlos avanzar; pero Beningsen se acercó á la centinela, y desembozándose para mostrarle sus condecoraciones, le dijo: «¡Cállate! ¿no ves adonde vamos?»—«Adelante la patrulla», respondió la centinela haciendo con la cabeza una señal de inteligencia; y los asesinos pasaron, y al llegar á la galería que precede á la antecámara, encontraron á un oficial disfrazado con el uniforme de soldado, al cual preguntó Zubow:—¿Y el emperador?—Hace una hora

que se ha recogido, y es probable que ya esté acostado, respondió el oficial.—Está bien, profirió Zubow, siguiendo adelante en compañía de la patrulla regicida.

En efecto, Pablo, según su costumbre, había pasado la velada en casa de la princesa Gagarín, que al verlo entrar más pálido y más sombrío que no solía, se adelantó á su encuentro y le preguntó con las más vivas instancias qué le pasaba.

—¿Qué me pasa? respondió el emperador, me pasa que ha llegado la hora de descargar el golpe, y que dentro de pocos días mi pueblo verá caer cabezas que me han sido muy caras.

Aterrorizada por esta amenaza, la princesa Gagarín, que conocía la desconfianza de Pablo para con su familia, aprovechó la primera coyuntura para salir del salón, escribió algunas líneas al gran duque Alejandro, diciéndole que su vida corría peligro, y las hizo llevar al palacio de San Miguel por un mensajero que no halló obstáculo en el cumplimiento de su comisión, ya que el oficial que estaba de guardia á la puerta del preso no tenía más consigna que la de no dejar salir al zarewich. Alejandro recibió pues el billete, y como sabía que la princesa Gagarín estaba iniciada en todos los secretos del emperador, sintió redoblar sus ansiedades.

Como dijo la centinela, á esc de las once de la noche el emperador regresó á palacio, retirándose inmediatamente á sus habitaciones, y acostándose bajo la fe de Pahlen.

Este fué el momento en que los conspiradores llegaron á la puerta de la pieza que precedía al dormitorio imperial.

Arkamakow llamó.

—¿Quién hay? preguntó el ayuda de cámara.—Soy yo, Arkamakow, el ayudante de campo de su majestad.—¿Qué se le ofrece á vucencia?—Vengo á dar el parte.—Vucencia se chancea, repuso el ayuda de cámara; apenas es media noche.—Se engaña V., son

las seis de la mañana, replicó Arkamakow; conqu abra V. pronto para que su majestad no se irrite contra mí.—No sé si debo...—Estoy de servicio y se lo ordeno á V.

El ayuda de cámara obedeció, y los conjurados invadieron al punto y espada en mano la antecámara. El criado, lleno de terror, se refugia en un rincón; pero un húsar polaco que está de guardia se coloca ante la puerta del dormitorio del emperador, y adviniendo la intención de los nocturnos visitantes, les íntima que se alejen. Zubow se niega y alarga la mano para quitar de enmedio al húsar, que dispara un pistoletazo; pero al mismo instante el único defensor de aquel que una hora antes imponía su ley á cincuenta y tres millones de hombres, es desarmado, derribado y reducido á la inacción.

Al ruido del pistoletazo, Pablo se despierta sobresaltado, salta de su cama, se lanza á la puerta hurtada que conduce á las habitaciones de la emperatriz, y se esfuerza en abrirla; pero en vano, hace tres días que él mismo y en un raptó de desconfianza ha mandado condenarla; entonces piensa en la trampa, y se abalanza al rincón donde aquélla se encuentra; pero como va descalzo, el muelle resiste á la presión, y la trampa no se abre. En esto cae en el dormitorio la puerta de la antecámara, y el emperador sólo tiene tiempo de esconderse tras una pantalla de chimenea.

Beningsen y Zubow se lanzan al dormitorio, y el último, al ver vacía la cama, hacia la cual se ha encaminado en derecha, exclama:—¿Todo está perdido! se ha escapado.—No, dice Beningsen, helo aquí.—¡Pahlen! ¡Pahlen! ¡á mí! ¡socorro! grita el emperador al verse descubierto.— Señor, profiere Beningsen acercándose al emperador y saludándolo con su espada, es ocioso que llaméis á Pahlen; es de los nuestros. Por otra parte vuestra vida no corre peligro alguno; lo único que hay es que estáis preso en nombre del emperador Alejandro.—¿Quién sois? pregunta

el emperador, tan turbado, que á la pálida y trémula luz de su lámpara de noche no conoce á los que le hablan.—¿Quiénes somos? responde Zubow presentando el acta de abdicación, somos los emisarios del senado. Toma este papel, léelo, y pronuncia tú mismo tu sentencia.

Zubow entrega con una mano el papel á Pablo, mientras con la otra traslada la lámpara al esquinazo de la chimenea para que aquél pueda leer el acta que le presentan. Pablo toma el papel y lee, y al llegar á un tercio de la lectura, levanta la cabeza, mira á los conjurados, y exclama:—Pero ¿qué os he hecho para que me tratéis así?—Hace cuatro años que nos tiranizáis, clama una voz.

El emperador anuda la lectura; pero á proporción que lee, los cargos se acumulan; las expresiones, cada vez más ultrajosas, lo ofenden; reemplaza la cólera á la dignidad, y olvidando que está solo, desnudo, desarmado, rodeado de hombres con la cabeza cubierta y espada en mano, estruja el acta de abdicación, arrójala á sus pies exclamando: «¡Nunca! primero la muerte», y da un paso para apoderarse de su espada, que está sobre un sillón cercano.

En esto llega el segundo grupo, compuesto casi todo él de jóvenes nobles degradados ó alejados del servicio, siendo de ellos uno de los principales el príncipe Tatetsvill, que ha jurado vengarse de tamaño insulto. Así es que apenas entra se abalanza al emperador, lo coge cuerpo á cuerpo, lucha y cae con él, derribando al mismo tiempo la lámpara y el biombo. El emperador lanza una voz terrible, pues al caer ha dado de cabeza contra el esquinazo de la chimenea y se ha abierto una profunda herida. Sartarinow, el príncipe Wereinskoi y Seriatín, temerosos de que aquella voz haya sido oída, se precipitan sobre Pablo, que se levanta para nuevamente caer. Todo pasa en la oscuridad, en medio de gritos y gemidos, ora agudos, ya sordos. Por fin el emperador aparta la mano que le

tapa la boca, y exclama en francés: «Señores, compadeceos de mí, dejadme el tiempo de encomendarme á Di...» La última palabra es ahogada, uno de los conjurados se quita su faja y la ciñe á los lomos de la víctima, á la cual no se atreven á ahogar por el cuello, pues el cadáver será expuesto, y es menester que la muerte pase por haber sido natural. Los gemidos se convierten entonces en estertor, y el estertor en un postrer suspiro seguido de algunos movimientos convulsivos que cesan á poco. Cuando Beningsen regresa trayendo luces, Pablo ha dejado de existir. Sólo entonces reparan los conjurados en la herida que, al caer la primera vez, el emperador se ha inferido en una de las mejillas; pero no importa: como ha sucumbido á una apoplejía fulminante, no es extraño que al caer haya chocado con un mueble y heridose de tal suerte. En el momento de silencio que sigue al crimen, y mientras á la luz de las que trae Beningsen miran todos al inmóvil cadáver, óyense golpes en la puerta de comunicación; es la emperatriz, que ha oído gritos ahogados, voces sordas y de amenaza, y acude. De pronto los conjurados se asustan, pero al conocer la voz se tranquilizan; por otra parte, la puerta cerrada para Pablo también lo está para ella; así pues tienen tiempo sobrado para acabar lo que han empezado, y nadie les pondrá obstáculos á su obra. Beningsen levanta la cabeza del emperador, y al ver que éste no hace movimiento alguno, ordena que lo trasladen á la cama imperial. Sólo entonces entra Pahlen espada en mano; fiel á los dos papeles que desempeña, el conde ha esperado que todo haya concluido para tomar sitio entre los conspiradores. Al ver á su soberano, sobre el rostro del cual Beningsen echa un cobertor, Pahlen se detiene á la puerta y, cubierto de palidez el rostro y con la espada pendiente á su lado, se apoya en la pared.

—Ea, señores, dice Beningsen que, con ser uno de los últimos que han tomado parte en la conspiración,

ha sido el único que en noche tan fatal ha conservado su inalterable serenidad, ya es hora de ir á rendir pleito homenaje al nuevo emperador.—Sí, sí, exclaman á una los conjurados, más presurosos ahora de salir del dormitorio que no se mostraron precipitados al entrar en él; sí, vayamos á rendir homenaje al emperador. ¡Viva Alejandro!

La emperatriz María, al ver que no podía entrar por la puerta de comunicación, y oyendo que el alboroto continuaba, dió la vuelta al aposento; pero en el salón intermediario encontró á Pettaroskoi, teniente de los guardias de Semonowki, al frente de treinta hombres, y que, fiel á su consigna, le cerró el paso haciéndole una profunda reverencia y diciéndole:—Perdón, señora, pero vuestra majestad no puede pasar de aquí.—¡Qué! ¿no me conocéis? preguntó la emperatriz.—Sé que tengo la honra de hablar con vuestra majestad; pero precisamente vuestra majestad es quien no puede pasar de aquí.—¿Quién os ha dado esta consigna?—Mi coronel, señora.—Pues ahora veremos si os atreveréis á ejecutarla, profirió la emperatriz adelantándose hacia los soldados, que cruzaron los fusiles y le cerraron el paso.

En esto los conspiradores salieron en tropel del dormitorio de Pablo y dando voces de *¡viva Alejandro!* Beningsen, al frente de aquéllos, se adelantó hacia la emperatriz que, al conocerlo, lo llamó por su nombre y le rogó que la dejara pasar.

—Señora, respondió Beningsen, todo ha terminado; vuestra majestad comprometería estérilmente su vida, y la de Pablo ya acabó.

La emperatriz, al oír tales palabras, lanzó una gran voz y cayó en un sillón, y una á cada lado de ella se arrodillaron las grandes duquesas María y Cristina, que se levantaron al ruido y corrieron en seguimiento de su madre, que conociendo que iba á desmayarse pidió un vaso de agua.

Al traer un soldado el vaso, la gran duquesa María,

temerosa de que el agua estuviese envenenada, no se atrevió á dársela á beber á su madre, al ver lo cual el soldado, que adivinó el temor de la gran duquesa, se bebió la mitad y dió el resto á la princesa diciendo:

—Ya ve vuestra alteza que su majestad puede beber sin temor.

Beningsen deja á la emperatriz al cuidado de las grandes duquesas y se baja á la habitación del zarewich, situada inmediatamente debajo de la de Pablo. Alejandro lo ha oído todo: pistoletazo, voces, caída, gemidos y estertor, é intentando entonces salir para volar en auxilio de su padre, es repelido por la guardia que Pahlen ha colocado á su puerta. Las precauciones están bien tomadas; Alejandro está preso y nada puede impedir.

Entonces es cuando Beningsen entra seguido de los conjurados. Los gritos de *¡viva el emperador Alejandro!* anuncian la muerte del padre al hijo, que ya no duda de qué manera sube al trono; así es que al ver á Pahlen, que es el último en entrar, exclama:—¡Ah! Pahlen, ¡qué página para inaugurar mi historia!—Señor, replica Pahlen, las que seguirán la harán olvidar.—¿Pero no comprendéis que me atribuirán á mí el asesinato de mi padre?—Señor, dice Pahlen, en este momento no penséis más que en una cosa: en la hora presente...—¿En qué queréis que piense sino en mi padre?—En haceros aclamar por el ejército.—Pero ¿y mi madre? ¿y la emperatriz? ¿que va á ser de ella? exclama Alejandro.—La emperatriz, señor, está en seguridad, respondió Pahlen; pero no perdamos el tiempo, señor, los instantes son preciosos.—¿Qué he de hacer? pregunta Alejandro, incapaz de tomar una resolución, tan abatido está.—Señor, dice Pahlen, es menester que me sigáis sin demora, pues el menor retardo puede acarrear las mayores desventuras.—Haced de mí como queráis, profiere Alejandro, heme aquí.

Pahlen conduce al emperador al coche destinado á

llevar á Pablo á la ciudadela, y al cual Alejandro se sube derramando lágrimas, y, cerrada la portezuela, el conde y Zubow se encaraman á la zaga en lugar de los lacayos. El coche portador de los nuevos destinos de Rusia parte al galope hacia el palacio de Invierno escoltado por dos batallones de la guardia, mientras Beningsen se queda junto á la emperatriz en cumplimiento de las últimas recomendaciones de Alejandro.

En la plaza del Almirantazgo, Alejandro encuentra los principales regimientos de la guardia, y Pahlen y Zubow, indicando que aquel á quien conducen es Alejandro, gritan: ¡El emperador! ¡el emperador! grito que repiten los dos batallones que lo escoltan, y al que responden con unánime y atronador *¡viva!* todos los regimientos.

Entonces se abalanzan todos á la portezuela, sacan del coche á Alejandro pálido y descompuesto, tiran de él, se lo llevan, y júranle fidelidad con entusiasmo demostrativo de que los conjurados, al cometer un crimen, no han hecho más que cumplir los votos del pueblo. Es preciso pues que Alejandro, por hondo que sea su deseo de vengar á su padre, renuncie á castigar á los asesinos.

Los cuales, no sabiendo qué resolvería respecto de ellos el emperador, se retiraron á sus respectivas casas.

Al siguiente día la emperatriz prestó también juramento de fidelidad á su hijo, por más que, según la constitución del imperio, era ella la destinada á suceder á su marido; pero cuando vió lo apremiante de la situación, fué la primera en renunciar á sus derechos.

El cirujano Vette y el médico Stoff, encargados de la autopsia del difunto, declararon que Pablo había fallecido á consecuencia de una apoplejía fulminante; en cuanto á la herida de la mejilla, atribuyósele á la caída que aquél diera al ser víctima del ataque.

Embalsamado el cuerpo del difunto emperador, fué expuesto por espacio de quince días en una cama de

respeto, á cuyas gradas la etiqueta condujo varias veces á Alejandro; pero ni una las subió ó las bajó sin que lo viesen palidecer y llorar.

Poco á poco los conspiradores fueron alejados de la corte: unos recibieron comisiones, y otros fueron incorporados á los regimientos de guarnición en Siberia: sólo Pahlen conservó su empleo de gobernador militar de San Petersburgo, y su presencia se convirtió casi en un remordimiento para el nuevo emperador, que se aprovechó de la primera coyuntura para también alejarlo. Fué así: algunos días después de la muerte de Pablo, un sacerdote expuso una imagen santa que, según él, se la había traído un ángel, y al pie de la cual se leían estas palabras: DIOS CASTIGARÁ Á LOS ASESINOS DE PABLO I. Pahlen, sabedor de que el pueblo acudía en tropel á la capilla en que la milagrosa imagen estaba expuesta, y augurando que esto podría ejercer en el ánimo del emperador una impresión penosa, solicitó venia para poner fin á las intrigas del sacerdote, y Alejandro se la concedió. El sacerdote fué azotado, y en medio de su suplicio declaró que si había hecho lo que había hecho era en obediencia á las órdenes de la emperatriz, como lo probaba el que en el oratorio de ésta hallarían una imagen semejante á la suya. Pahlen, al recibir esta denuncia, mandó abrir la capilla de la emperatriz, y como efectivamente sus emisarios hallaron la designada imagen, la hizo quitar. La madre de Alejandro tomó con razón tal arrebatamiento por un insulto, y se presentó á su hijo pidiéndole satisfacción del agravio. Ahora bien, el emperador, que sólo buscaba un pretexto para alejar de la corte á Pahlen, no desperdió la coyuntura que se le ofrecía, y comisionó al punto á Becklelew para que, de parte del monarca, trasmitiese á Pahlen la orden de retirarse á su fundo.

—Me lo temí, dijo el conde á Becklelew y sonriéndose, y en prueba de ello, ved, de antemano dispuse mis maletas.

Una hora después, Pahlen envió al emperador la dimisión de todos sus empleos, y por la tarde de aquel mismo día partió para Riga.

### XIII

Alejandro, que al subir al trono no había cumplido los veinticuatro de su edad, fué educado bajo la inmediata vigilancia de su abuela Catalina, y según un plan trazado por ella misma. Uno de los principales artículos de aquel plan decía así: «A los infantiles grandes duques no se les enseñará poesía ni música, pues para que este estudio fuese fructuoso habría que consagrar á él un tiempo excesivo.» Alejandro recibió pues una educación firme y severa, de la que fueron eliminadas casi en absoluto las bellas artes. Su ayo, La Harpe, elegido por Catalina, y al cual llamaban en la corte el jacobino, por ser, además de suizo, hermano del valiente general del mismo apellido que servía en el ejército francés, era el hombre más á propósito para inculcar á su discípulo las ideas generosas y rectas, tan importantes sobre todo para aquellos que tienen que poner en pugna los recuerdos de la juventud con las impresiones del resto de la vida. La elección de La Harpe por Catalina fué notable en un tiempo en que los tronos bamboleaban sacudidos por el volcán revolucionario, en que Leopoldo, según voz pública, moría envenenado, Gustavo sucumbía al puñal de Ankarstroem, y Luis XVI perecía en el patíbulo. Aparte lo que hemos manifestado, Catalina recomendó que se apartase de la mente de los infantiles grandes duques toda idea relativa á la diferencia de los sexos y al amor que los unía. El célebre Pallás les daba cursillos de botánica en los jardines imperiales, y la exposición del sistema de Linneo referente á los sexos de las flores y á la manera como éstas se fecundan, había ins-

pirado á los augustos escolares una infinidad de preguntas de difícil respuesta. Protasow, el celador de los príncipes, se vió en la necesidad de exponer á Catalina lo que pasaba, y Catalina llamó á su presencia á Pallás y le recomendó que eludiese toda explicación sobre los pistilos y los estambres; pero como esta recomendación hacia imposible ó poco menos el curso de botánica, y el silencio del profesor sólo contribuía á impedir más actividad á las preguntas, el curso fué definitivamente interrumpido. Semejante plan de educación, como es de suponer, no podía continuar largo tiempo, y sin embargo de ser Alejandro todavía muy niño, Catalina tuvo que pensar pronto en casarlo.

Tres fueron las jóvenes princesas alemanas conducidas á la corte de Rusia para que la abuela pudiese elegir entre ellas mujer para su nieto.

Catalina, al saber la llegada de las princesas á San Petersburgo, y anhelosa de verlas y juzgarlas, les envió recado de que se presentasen en el alcázar, y las aguardó imaginativa asomada á una ventana desde la cual podía verlas apearse en el patio. Poco después, el coche que conducía á las princesas se detuvo, y, abierta la portezuela, la primera que se apeó lo hizo sin afirmar los pies en el estribo.

—No será esa la que ciña la corona de emperatriz de Rusia, dijo la anciana Catalina moviendo á uno y otro lado la cabeza: es demasiado viva.

Bajó la segunda, pero enredándosele las piernas en las faldas y estando en un tris como no da con su cuerpo en tierra.

—Tampoco esa será emperatriz de Rusia, susurró Catalina: es torpe en demasía.

Por fin se apeó la tercera, guapa, majestuosa y grave.

—Ahí la emperatriz, dijo Catalina.

La favorecida era la princesa Luisa de Baden.

Catalina llamó á su presencia á sus nietos, mientras estaban con ella las princesas, á las cuales dijo que